



EL REINO DE DIOS Y LA SOLIDARIDAD EN TIEMPOS DE JESÚS

Después del prestigio y del dinero, la fundamental preocupación de la sociedad en la que Jesús vivió era la solidaridad de grupo; la familia, la tribu o la nación son consideradas como una especie de personas corporativas. A lo largo de los siglos y hasta nuestros días, los judíos han manifestado un extraordinario sentido de solidaridad. Se ayudan y se unen sobre todo en momentos de crisis. Pero al menos en tiempo de Jesús estaban aún más interesados por la solidaridad de grupo dentro de la misma nación.

La unidad básica era la familia en sentido amplio que incluía a todos los parientes. No solo se consideraba a todos los miembros de la familia como hermanos, hermanas, madres y padres unos de otros sino que se identificaban de veras mutuamente. El daño que se causaba a un miembro de la familia lo sentían todos los demás. La vergüenza de uno afectaba a todos. Cualquier persona podía decir a un extraño: - "Lo que hagas al menor de mis hermanos me lo haces a mi." o "cuando acoges a uno de mis parientes me acoges a mi". Esto se daba por supuesto.

Si un pariente había sido injuriado o asesinado, uno se sentía obligado a vengar la afrenta. La venganza personal y el ojo por ojo y diente por diente seguía teniendo vigencia en los días de Jesús. Nosotros asociamos todo esto a la Mafia y nos resulta muy difícil de entender pero muchas veces lo único que nos impide experimentar de este modo concreto la solidaridad es nuestro individualismo occidental.

En la época de Jesús la vida en común como entidad corporativa no se extendía únicamente a la familia; también se experimentaba la solidaridad con relación a los amigos, los colegas, los miembros del grupo social y los correligionarios de una secta como podían ser los fariseos o esenios. El individualismo era algo desconocido a no ser en el terreno de la oración.

Sin embargo, a pesar de nuestro individualismo occidental nosotros seguimos conservando, consciente o inconscientemente, una enorme dosis de lealtad al grupo y de prejuicios de grupo. Mucha gente fundamenta su identidad en fidelidades y prejuicios de raza, nacionalidad, lengua, cultura, clase, linaje, familia, generación, partido político o denominación religiosa. El amor y la lealtad siguen siendo tan exclusivos como lo han sido siempre.



El asunto es que el reino de Satanás se diferencia del Reino de Dios no porque ambos constituyen dos diferentes formas de solidaridad de grupo, sino porque el reino de Satanás se basa en una solidaridad exclusivista y egoísta mientras que el Reino de Dios se basa en la solidaridad universal de la raza humana: *"Os han enseñado que se mandó: Amará a tu prójimo y odiarás a tu enemigo. Pues yo os digo: Amad a vuestros enemigos"* (Mt 5,43-44)

No podía haber nada más revolucionario y radical. El odio al enemigo está expresamente mandado en los manuscritos del Mar Muerto. En el Antiguo Testamento aunque no haya ningún texto que lo ordene expresamente, se supone siempre que excluye a los enemigos. El prójimo no es entendido nunca como congénere sino de pariente, de hombre cercano, de miembro del grupo:

*No andarás difamando a **tus conciudadanos...***

*No odiarás a **tu hermano...***

*No te vengues ni guardes rencor a **los hijos de tu pueblo***

sino que amarás a tu prójimo como a ti mismo. (lev 19,16-18)

En el Antiguo Testamento el amor al prójimo como sí mismo constituye la experiencia de solidaridad de grupo. Pero solo el pariente o el ser cercano ha de ser tratado como otro "yo". La fraternidad para con unos implica siempre la enemistad para con otros.

Jesús amplía el concepto de prójimo hasta el punto de abarcar a los enemigos. No podía haber encontrado un medio más efectivo para hacer ver a sus oyentes que lo que él deseaba era que esta solidaridad de amor incluyera a todos los seres humanos. La contradicción natural existente entre "prójimo" y "enemigo", entre "íntimos" y "extraños", ha de ser ovidada y superada de tal forma que los enemigos se conviertan en parientes y los extraños en íntimos.

Jesús no duda en declarar abiertamente las consecuencias casi inconcebibles de semejante actitud:



Hace el bien a los que os odian, bendecid a los que os maldicen rezad por los que os injurian (Lc 6,27-28)

Si queréis a los que os quieren, ¡vaya generosidad!

También los descreídos quieren a quien los quiere. (Lc 6,32)

La solidaridad de grupo no es ninguna virtud. Es lo que suele ocurrir incluso entre los ladrones. A lo que Jesús apela es a una solidaridad con la humanidad; una solidaridad no excluyente, que no depende de la reciprocidad porque incluye aún a los que te odian, te persiguen o te tratan mal.

La solidaridad con la humanidad debe anteceder a cualquier otro tipo de amor o solidaridad: -" *Si alguno viene a mi y no "aborrece" a su padre y a su madre, a su mujer y a sus hijos, a sus hermanos y hermanas y aún a su propia vida no puede ser discípulo mío*" (Lc 14,26) La palabra "aborrar" en las lenguas hebrea y aramea se emplea para designar todas las actitudes contrarias al amor, y entre ellas por ej. "no mostrar preferencia".

Lo que Jesús indica es que la solidaridad de grupo ha de ser reemplazada por una más fundamental solidaridad con toda la humanidad. Esto evidentemente no significa que haya que excluir a los parientes y amigos sino que ellos se ven incluidos en la nueva solidaridad como seres humanos que son. No hay que amarles porque pertenezcan a la misma familia o grupo sino porque también son personas. Hay que amarles con amor incluyente, lo cual significa que se les ama más.

En el proceso de reemplazar la solidaridad de la familia por la solidaridad interpersonal la unidad de no pocas familias tendría que verse rota:

¿Pensáis que he venido a traer paz a la tierra? Os digo que no: división y nada más porque de ahora en adelante, una familia de cinco estará dividida; se dividirán tres contra dos y dos contra tres; padre contra hijo e hijo contra padre, madre contra hija e hija contra madre, la suegra contra su nuera y la nuera contra la suegra. (Lc 12,51-53)

Para Jesús esto es una consecuencia del cambio radical de valores de la nueva solidaridad universal. Tal vez merezca observar que la división que Jesús describe es una ruptura de generaciones; la división es entre padres e hijos, mayores y jóvenes. Es como si Jesús hubiera esperado que la generación más joven hubiera aceptado la solidaridad universal mientras que la generación más antigua la rechazara.

Pero ¿Qué decir del mismo Jesús y de su relación con la propia familia, especialmente con su madre? Los evangelios no dejan lugar a dudas de que su relación con la mayor parte de sus parientes era una relación de tensión y tirantez.



Cuando volvieron a casa se reunió de nuevo tanta gente que no podían comer. Los suyos, al enterarse salieron para llevarse lo con ellos pues decían que estaba trastornado. (Mc 3,20-21) Quizá por entonces su madre no entendía exactamente lo que pasaba por la mente de su hijo del mismo modo que no lo había entendido cuando, a la edad de 12 años Jesús dijo a sus padres que se había quedado en el templo porque tenía que ocuparse de las cosas

de su Padre. Más tarde María lo llegaría a comprender y sus discípulos lo comprendieron solo al verlo resucitado.

Para Jesús el amor que él sentía por su madre estaba más allá de lo biológico; se basaba en que los dos vivían de la voluntad de Dios. Jesús había dejado la habitual solidaridad familiar por la universal:

Mirando a los que estaban sentados a su alrededor dijo: ¿Quiénes son mi madre y mis hermanos? aquel que hace la voluntad de Dios, ése es mi hermano, mi hermana y mi madre. (3,34-35) de tal forma que el que acoge a uno de ellos le acoge a él. (Mc 9,37) y lo que se haga al más pequeño de ellos lo hace a él (Mt 25,40-45)

Pero nos podríamos preguntar si Jesús practicaba el amor a los enemigos porque, al parecer, se había puesto de parte de los pobres y oprimidos y en contra de los fariseos y escribas...¿Es esto solidaridad con toda la humanidad?...

Se responde a esto diciendo que el verdadero amor busca el bien de la persona y se indigna cuando ésta actúa en contra del bien y cause sufrimiento a los demás. Jesús se sentía enojado, muy enojado contra quienes se destruían a sí mismos y destruían a los demás con su injusticia. Por eso lloró ante Jerusalén porque no había sabido abrirse a la verdad. Por otra parte los evangelios nos dicen que Jesús conversó y comió con los fariseos y se esforzó por convencerles. Al final fueron ellos los que le excluyeron a él y no al revés.

Esto significa que la solidaridad que predicaba Jesús no era vaga y abstracta amando "en general" a la humanidad. No, Jesús amó concretamente a todos los que se cruzaron por su camino sin distinción de clase o linaje y especialmente a los más necesitados de amor. La solidaridad con los "don nadie" de este mundo, con los considerados como "ceros a la izquierda" es la única forma concreta de vivir plenamente la solidaridad con la humanidad.

Se le puede objetar a Jesús que hiciera distinciones en alguna ocasión por ejemplo cuando dio largas a la mujer cananea que iba tras él pidiéndole curara a su hija.

Jesús estaba en las regiones de Tiro y Sidón. En esto una mujer cananea venida de aquellos contornos se puso a gritar: -¡Ten compasión de mí, Señor, mi hija está atormentada por un demonio!. Pero él no respondió nada. Sus discípulos le dijeron: -Despídela porque viene gritando detrás de nosotros. Jesús dijo a la mujer: - No he sido enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel. Pero ella se acercó, se puso de rodillas ante él y le suplicó: -¡Señor! ¡Ayúdame! Él respondió: -No está bien quitarles el pan a los hijos para echarlo a los perros. Pero ella le dijo: -Es cierto, Señor, pero también los perros comen las migajas que caen de la mesa de sus amos. Entonces Jesús le



dijo: -Mujer, grande es tu fe que suceda lo que pides. Y en aquel momento quedó curada su hija. (Mt 15,21-28)

¿Qué le pasó a Jesús con esta mujer? ¿Por qué la trató así? Resulta que Jesús, a pesar de ser quién era y cómo era de bueno y sensible con todos, también era un judío y como todo judío había sido formado en patrones culturales de Israel. Entre esos patrones estaba la discriminación de la mujer y de los extranjeros. Jesús tuvo que liberarse de estas mentalidades porque no nació "perfecto". Esta mujer cananea le ayudó a ver que para Dios no hay nadie que merezca desprecio y si al principio reaccionó como sus discípulos, al final la actitud humilde y tenaz de aquella mujer que sufría le tocó el corazón.

Existen encuentros en nuestras vidas que nos transforman la existencia. Lo más seguro es que Jesús nunca olvidó a aquella mujer cananea que le enseñó, que le ayudó a ser Jesús, a ser solidario, a ser incluyente, a ser tolerante, y a rechazar el nacionalismo y la prepotencia.

Cada uno de nosotros y de nosotras experimentamos en nuestras vidas esos encuentros, que nos cambian y nos hacen más humanos. El ejemplo de esta mujer cananea debe de servirnos para comprender la riqueza de la existencia humana y el valor de la fe, de la firmeza y de la esperanza.

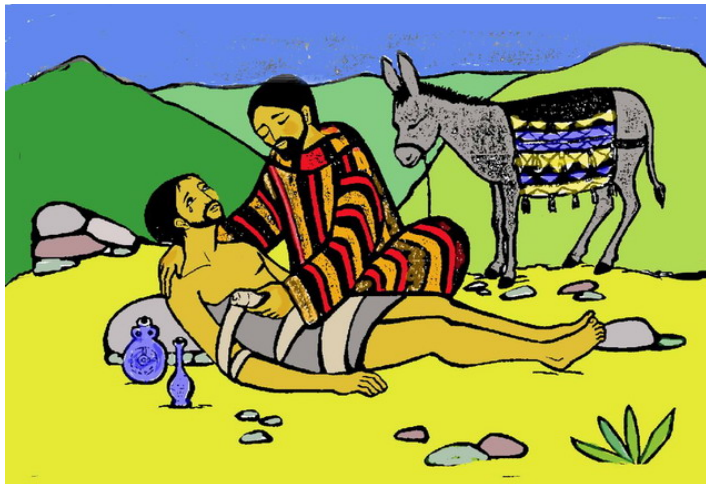
Con estas experiencias, Jesús fue entendiendo que también los paganos de otros pueblos podían entrar en el Reino de Dios. Por ejemplo cuando un soldado romano le rogó que curara a su hijo. Ante la fe de aquel hombre Jesús se maravilló y dijo a la gente: *-Os aseguro que ni en Israel he encontrado una fe tan grande. Muchos del Oriente y del Occidente vendrán y se sentarán con Abraham, Isaac y Jacob en el Reino de los cielos mientras que los hijos del Reino serán echados fuera...(Mt 8,10-12)*

Sin embargo Jesús entendió que en su predicación debía empezar por su pueblo, por Israel y que de allí, el anuncio de la Buena Nueva se extendería a otros pueblos, era una cuestión de estrategia.

Para concluir hay que mencionar que el fundamento de la solidaridad o amor que Jesús practicaba y predicaba es la compasión: esa emoción que surge de las entrañas a la vista de una persona en necesidad. La parábola del buen samaritano surge como respuesta a la pregunta ¿Quién es mi prójimo? La respuesta es una parábola contada de tal forma que nos lleva a identificarnos emocionalmente con un hombre que ha tenido la mala fortuna de caer en manos de los bandidos. Percibimos su decepción cuando los que se supone que deberían vivir en solidaridad con él, un sacerdote y un levita pasan de largo. Y compartimos su alivio y su alegría cuando un enemigo, samaritano, movido a compasión rompe las barreras de grupo y le socorre en su necesidad. Si dejamos que la parábola nos conmueva ya no tenemos que volver a preguntarnos quién puede ser nuestro prójimo, o qué clase

de amor puede exigir, sino que iremos y actuaremos del mismo modo contra cualquier barrera que pueda alzarse. Unicamente la compasión puede enseñar al ser humano en qué consiste la solidaridad con el prójimo. De los tales es el Reino de Dios.

Se levantó un legista, y preguntó a Jesús para ponerle a prueba: "Maestro, ¿que he de hacer para tener en herencia vida eterna?" El le dijo: "¿Qué está escrito en la Ley? ¿Cómo lees?" Respondió: - "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente; y a tu prójimo como a ti mismo." Díjole entonces: "Bien has respondido. Haz eso y vivirás." Pero él, queriendo justificarse, dijo a Jesús: "Y ¿quién es mi prójimo?" Jesús respondió: "Bajaba un hombre de Jerusalén a Jericó, y cayó en manos de salteadores, que, después de despojarle y golpearle, se fueron dejándole medio muerto. Casualmente, bajaba por aquel camino un sacerdote y, al verle, dio un rodeo. De igual modo, un levita que pasaba por aquel sitio le vio y dio un rodeo. Pero un samaritano que iba de camino llegó junto a él, y al verle tuvo compasión; y, acercándose, vendó sus heridas, echando en ellas aceite y vino; y montándole sobre su propia cabalgadura,



le llevó a una posada y cuidó de él. Al día siguiente, sacando dos denarios, se los dio al posadero y dijo: "Cuida de él y, si gastas algo más, te lo pagaré cuando vuelva." ¿Quién de estos tres te parece que fue prójimo del que cayó en manos de los salteadores?" El dijo: "El que practicó la misericordia con él." Díjole Jesús: "Vete y haz tú lo mismo."

PARA LA REFLEXIÓN

Ya sabemos que en nuestro mundo la solidaridad no sale mucho en los periódicos sino más bien lo contrario.

- ¿Tenemos nosotros alguna experiencia de solidaridad que podamos compartir?
solidaridad en este centro, en nuestra vida pasada, en algún hecho del que hemos sido testigos?
- ¿Descubrimos en nuestro interior los mismos sentimientos de Jesús? o más bien algunas veces sentimos odio, rencor, animadversión, desprecio por los demás etc. etc.
- ¿Olvidamos que lo único que nos llevaremos al otro mundo es el amor gratuito que hayamos vivido? ¿somos conscientes de esto?